

Anna KADABRA

Un problema con alas

DESTINO



El bisabuelo de Oliver había sido un gran cazador de brujas de Moonville, tan famoso que hasta tenía una estatua. De él, Oliver había heredado el odio hacia la magia.

Ah, y la cara de bruto.

Aquel crío antipático tenía la sospecha de que las brujas habían vuelto al pueblo. Por ese motivo no dejaba de husmear alrededor de

nuestra mansión. Una vez, hasta quiso prenderle fuego.

—¡Os digo que es allí donde se reúnen!
—repetía—. ¡Las brujas han regresado a Moonville!

Por suerte, pocos le hacían caso porque no tenía pruebas. Al menos hasta el lunes en que apareció cierta noticia en el periódico.

Era temprano y yo estaba desayunando con mis padres en la cocina. Cada uno lo hacía a su manera. Mi padre se untaba su tostada con tanta calma que parecía estar pintando un cuadro. Mamá la devoraba a dentelladas para no perder tiempo. A mí se me cayó la mía al suelo y, al ir a cogerla, la pisé con el pie descalzo. Chof.

—¡Anna! —farfulló mi madre con ímpetu, escupiendo migas a papá.

Hasta ahí todo era normal. Sobre la mesa

del desayuno había tazas, platos, jarras y un periódico. Nos lo dejaban cada mañana en la puerta de casa.

Para mí, el periódico solo servía para no pisar el suelo cuando estaba recién fregado. Me daba sueño nada más mirarlo. Aquel día, en cambio, sirvió para despertarme de golpe.

Resulta que la noticia de portada era de lo más interesante.

Incluso algo preocupante.

Y, para ser sincera, un pelín tronchante.



Resulta que la estatua dedicada al bisabuelo de Oliver había sido atacada durante la noche. Cuando digo «atacada», quiero decir... ¡que le habían arrojado una boñiga! En la foto del periódico, la reluciente plasta chorreaba por la orgullosa cabeza de bronce de Oliver Rufus Dark.

Y no se parecía precisamente a una caquita de paloma. Era del tamaño de un melón.

Me entró tal ataque de risa que casi se me cae otra vez la tostada.



Al poco dejé de reírme y empecé a preocuparme. ¿Quién había gastado aquella broma pesada? ¿Sería alguna bruja vengativa a la que no conocía? ¿Y cómo reaccionaría Oliver al enterarse?

La respuesta la tuve al entrar en clase.

Llegué más temprano que nunca para informar del asunto a Madame Prune. Es nuestra maestra en el colegio, pero también la jefa secreta de nuestro club mágico.

Por desgracia, la profesora aún no estaba allí. El único que había llegado ya era precisamente Oliver.

—Hola, Anna —murmuró, con una sonrisa siniestra—. Te estaba esperando.

—¿A mí? —No pude evitar echarme a temblar.



A punto estuve de sacar mi varita para convertirlo en merluza. Las merluzas son lo que mejor se me da. Luego me acordé de que yo no era culpable de nada y respiré hondo.

—Ha ocurrido algo grave —siguió Oliver—. La estatua de mi bisabuelo ha sido atacada esta noche.

A mí que no me mirase. Yo no desperdiciaría un hechizo *Lanza Cacas* contra aquel vejstorio de bronce.

—Qué gamberros —dije, haciéndome la tonta.

—La estatua está frente a la pastelería de tus padres —añadió él—. ¿Ellos no han visto nada?

—No —negué—. Me lo habrían dicho.

—Estoy seguro de que han sido las brujas —murmuró Oliver con rabia—. Anna, tu casa



está muy cerca de la antigua mansión. Tienes que dejarme montar un puesto de observación en tu ventana. Así podré enterarme de lo que ocurre allí cada noche.

Mira, antes de meter en casa a aquel abusón prefería invitar a una familia de mofetas.

—Déjame pensarlo —dije, y al segundo añadí—: Ni loca. Además, eso de las brujas es una memez.

—Eres una idiota —gruñó, furioso—.
¿Cuándo os daréis cuenta de que tengo razón?

—Cuando los cerdos vuelen —murmuré, satisfecha.

Bueno, pues justo en aquel instante...
¡un cerdo pasó volando por la ventana!



Al menos parecía un cerdo. Solo que tenía un cuerno en la frente y dejaba en el aire un rastro de purpurina. Para ser un marrano, era monísimo.

—¡Arrea! —gritó Oliver, agarrándome del brazo—. ¿Has visto eso?

—Eh —traté de disimular yo, tragando un litro de saliva—. ¿Ver el qué?

